

SABADO 13 DE OCTUBRE DE 1900

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la península UNA PESETA al mes.— Extranjero, tres me-
ses 7'50 PESETAS.
Comunicados á precios convencionales
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18.

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS
En cuarta plana. 00'05 pesetas línea
En segunda y tercera. 00'10 id. id.
En primera. 00'20 id. id.
Administración: Saavedra Fajardo, 15

La cuestión social

Al repasar vagamente la memoria los grandes y repetidos cataclismos que han ocurrido en los pueblos que cubren los ciento treinta y cinco millones quinientos mil kilómetros cuadrados que forman el suelo firme de la tierra, vé presentarse ante sí las hambrientas muchedumbres que protestan, gritan y luchan porque se les exigen más tributos de los que pueden dar, mientras los poderes públicos les niegan las reformas á que ellas se juzgan con derecho; y vé también que siempre y en todas partes la humanidad aprecia los problemas económicos bajo la impresión de su anhelo de bienestar, por lo que necesitan los Gobiernos mirar muy atentos en todo tiempo aquello que más interesa al «pan nuestro de cada día» de esas masas innumerables de hombres que son como apretadas series que la mente agolpa antes de cual cifra de gigantesco tablero que, á fuerza de multiplicarse, no dejan más que la impresión de algo inmenso, para lo que el cerebro no tiene espacio ni la métrica medida.

No hay duda que si en todo tiempo los problemas económicos fueron la verdadera clave de la tranquilidad social, hoy lo son mucho más, porque la ola humana se agita y encespa con las corrientes del taller y de la fábrica, hervidero de desasosiego y de malestar, y con los ya huracanados vientos del campo, que son síntomas de vecina tempestad; y aunque hay quien cree que los españoles no estamos tan mal en los asuntos económicos como algunos pesimistas propalan, sin embargo como el mal trasciende y los dolores suelen olvidarse apenas pasan, es necesario que los hombres de gobierno se oiden de aprovechar todos los momentos y circunstancias de dirigir la Hacienda hacia el anhelo ideal del país, en armonía con las corrientes del tiempo.

Las previsiones en todo lo que hace referencia á los movimientos sociales de los pueblos, casi siempre producidos por tantos problemas económicos deben dirigirse al orden material como al moral; lo mismo en lo relativo á la educación del espíritu, en sus más amplias esferas, que al bienestar de los hombres en su vida física, consiguiéndose esto último con una recta é inteligente gestión de la Hacienda en los pueblos, que garantice la particular de cada individuo.

Por eso mismo, no son suficientes un solo hombre ni un solo partido en cada pueblo para conseguir la regeneración apetecida, en la que se necesita el concurso de todos, políticos, banca, comercio, industria y clero y cuanto hay de actividad y dirección en el movimiento y sosten en la gran masa; pero sobre todo la prensa es el gran factor que, deponiendo los vicios de carácter general que aquí, como en todas partes, suelen sacar de quicio las cosas por inusitado afán de información, que llega á veces á dislocarlo todo, y también alguna vez por deseo de excesivo éxito en las empresas.

Ya que ha principiado enormemente la prensa á tratar con algún detenimiento las cuestiones económicas, bueno será que las estudie más al detalle é inspire sus trabajos en aquella sana y tranquila imparcialidad que tan interesante materia exige, despojándose de todo apasionamiento y todo linaje de mezquindades políticas.

Los momentos son críticos, y ante ellos no podemos permanecer en silencio ni en estoica pasividad, al no querer hacernos acreedores á la censura y menosprecio de las generaciones futuras.

Todo se conmueve, todo parece que peligra, el ánimo más pacífico ha perdido el sosiego, y cuantos se preocupan un instante en analizar la crisis tanto industrial como mercantil que nos amenaza, se convencerán que el desouido de los negocios públicos, y sobre todo de lo que se refiere á nuestra Hacienda, á nuestra organización administrativa y á la actividad que debemos tomar en favor de nuestro crédito y el ensanche de nuestro comercio no puede continuar. En tal esta-

do de cosas todos debemos contribuir con nuestras fuerzas, grandes ó pequeñas á salvar este marazmo de nuestro país; por que aun el grano de arena más insignificante sirve de algo en la obra de la humanidad.

DE MADRID Á MURCIA

La vida política

Con el regreso de la Corte y del señor Sagasta, los círculos políticos vieron se a noche muy animados y concurridos.

Se comentaba, en primer término, la llegada de D. Práxedes precediendo al tren real y adelantándose veinticuatro horas á la fecha anunciada.

Las impresiones que he podido recoger son que el jefe del partido liberal dinástico se ha querido adelantar á la llegada de los reyes, al objeto de que su visita á cumplimentar á la regente fuera de allí, le permita exponer puntos de vista que no habria sido posible exponer en la breve entrevista de etiqueta que hubiera celebrado con doña Cristina al pasar ésta por Avila.

Esto parece indicar que la actitud de Sagasta no es nada sospechosa respecto á la oposición que hará el gobierno.

Los liberales se muestran satisfechos de esta actitud del Sr. Sagasta, provocada principalmente por el inconcebible decreto del Sr. Dato, creyéndose que el gobierno quedará destrozado en el Parlamento; pero las gentes imparciales no dejan de censurar también que se vuelvan los ojos á Sagasta como única salvación, olvidando que á éste corresponden preferentemente las responsabilidades por los pasados desastres.

Se comentaba también el hecho de que desde la estación marchasen el Sr. Dato y el Sr. Silvela al domicilio de éste, donde conferenciaron sobre asuntos políticos.

El Sr. Dato marchó después al ministerio de la Gobernación, donde recibió á los periodistas, diciéndoles que sustituirá en seguida á los diputados provinciales interinos que renunciaron al cargo.

Añadió que mantiene su presupuesto con el aumento destinado á la guardia civil, correos y telégrafos.

Resulta que el Sr. Dato se dispone á aceptar la batalla con los elementos de Villaverde, ante la posibilidad de que exiga el gobierno por el decreto sobre las diputaciones y ayuntamientos.

La nota del día

Objeto de vivos comentarios entre la jente política y de grandes disgustos entre los pidalinos ha sido hoy, la correspondencia que publica «El Diario de Barcelona», en la que se dicen tales cosas del Sr. Pidal, que ni aun en tiempos de la sangrienta campaña de mestizos é integros habian osado decir La Fé y el Siglo Futuro.

La correspondencia se atribuye al señor Ugarte por inspiración del Sr. Silvela con el fin de desacreditar al presidente del Congreso.

Hay que oír á los pidalinos con motivo de tal desplante florentino, lo mejor que del jefe del gobierno se dice es, ingrato...

El espectáculo que estan dando los ministeriales no puede ser mas vergonzoso y deplorable.



PÍO III

Muerto el pontífice Alejandro VI y ahogados los desórdenes que promovió su hijo Cesar Borgia con las precauciones tomadas para librarse de las venganzas que de él pudieran tomar sus enemigos, se reunió el cónclave para elegir sucesor de aquel, tarea que resultó harto laboriosa, puesto que se invirtieron en ella nada menos que treinta y cinco días.

No como consecuencia de las intrigas, sino como premio á sus grandes méritos y virtudes, resultó elegido Papa el cardenal de Sena, Francisco Piccolomini, va-

ron virtuosísimo, de vida ejemplar, de costumbres inmejorables, modesto hasta la exageración, de no escaso talento y sabiduría y enemigo de todo género de vanidades, cualidad esta que constituyó para él, una gran desgracia, pues ella dió motivo para que sus adversarios decretaran su muerte.

Al ser elevado al Pontificado, Pío III no alteró en nada sus costumbres y vi- viendo con la modestia y humildad que antes lo hacia, y como no faltara quien le censurara tal proceder en forma que la censura llegara á sus oídos, en la asamblea de cardenales que se celebró á los 26 días de ser elegido Papa, declaró que una de sus más próximas disposiciones seria desterrar el lujo y el vicio que imperaba en la corte pontificia.

En la noche del mismo día en que hizo tan peligrosa declaración, ó sea el 13 de Octubre de 1503, sintiéndose atacado de agudos dolores en los intestinos, y aunque la ciencia le propinó los remedios más apropiados, pocas horas después falleció Pío III en medio de horribles convulsiones, víctima del ólebre veneno de los Borgias.

Nernando de Acevedo

EN SECRETO

Cual se aman dos estrellas luminosas en el azul del cielo cristalino y al hallarse en su curso peregrino se entienden con sus luces misteriosas, así nuestras dos almas amorosas se entienden al hallarse en su camino, y se abren ambas al amor divino como en vaso gentil se abren dos rosas. Nadie habrá de saber que yo te adoro ni en que en mi vida fundas tu tesoro y en la pasión que ante tu altar elevo. Baste saber á nuestro propio culto, ¡que tú me llevas en el alma oculto y yo en el ara de mi fé te llevo!

Salvador Rueda.

EL HÉROE

La indignación nacional se desborda estos días con lujos y alamares de corrida de Beneficencia. Hemos sacado del fondo del cofre las palabras más coloridas y reverberantes de nuestro traje de luces patriótico; clavamos en el morrillo de la nación pares de rehiletes, con follaje y plumas; montamos en el caballo del Cid para recorrer la plaza española visitando los gregüescos de la caballería andante. Los escritores volean tinteros sobre las enrutillas; oradores otoñales dejan caer de sus labios indignados párrafos como caen las amarillas hojas de los árboles. ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? Seguramente que no hemos perdido tres colonias, porque tan ligero incidente suele dejarnos muy tranquilos. ¿Qué mueve las dormidas aguas del pantano en que vivimos estancados?... Hasta nuestra redacción llegan acentos furiosos.

—Es necesario que ustedes protesten... ¡Es una vergüenza nacional! ¡Escriban, griten! ¡Qué infamia! ¡Qué horror! ¿Ha leído usted algo del entierro?

—¿Qué entierro? ¿El de la sardina ó el de España, que viene á ser lo mismo? ¿El de Sagasta? ¿El del sentido común? —¡Hombre! no es usted buen español. ¡El del «Dominguín»!

—¡Ah, sí! Lo he leído. Ya se, ya se. Estamos pasando por una racha de dignidad nacional.

Una semana sopla la racha por las casas de juego y queremos ser morales; otro día el constipado de la Union Nacional nos irrita las narices; en semana: santa nos damos golpes de pecho y en Carnaval tenemos que reírnos....

¿Que en Palma los militares invaden una redacción? La cosa no tiene importancia. ¿Qué los ingleses reparten con profusión el mapa de la Andalucía británica? ¡No me jaga usted venir! Total, nada; que los gitanos del porvenir dirán: *Good night* en vez de decir *Buenas noches* ó *Mardita sea tu madre*. ¿Que nuestra nación es una vergüenza andando? ¡Arriba los corazones.

Que canten *jipios* nuestras cantoras en la Exposición de Paris y nuestra regeneración será un hecho...

Lo inaudito, lo infame es que la gente de Madrid acompañe con escándalo los restos del «Dominguín».

¿Y eso les asombra á ustedes? Tengamos lógica, mantengamos el valor de nuestros actos, no seamos hipócritas y cobardes. El entierro del «Dominguín» es la apoteosis del gran poema nacional. Habíamos contemplado sin rubor el entronamiento de la torería española. Justo es, pues, que tranquilamente asistamos al cuadro final.

A lo menos tiene grandeza: Nerón incendiando á Roma y pegando fuego á los cristianos nada inventó que se pareciera al entierro del «Dominguín».

El pueblo invadiendo un cementerio, tumbas profanadas por delirantes aficionados; la fosa rellena de vivos que gritan y se apalean; el cura que huye; una madre que grita; la plega que vitorea á un torero; el bramido de la fiera popular levantando á los muertos de sus sepulcros.

¡Ah!, ya no dirá Baquer: ¡Dios mio, qué solos se quedan los muertos.

¡El «Dominguín» viene á destruir el verso más popular y desacreditado del gran llorón!

No hay que indignarse, no. La educación nacional no se da en las escuelas, se da en las plazas de toros; los niños aprenden á deletrear en los periódicos taurinos; no sabrán gramática, pero de fijo distinguen á un berrendo en negro de un berrendo en colorao; sus ídolos de valor son aquellos bailarines vestidos de seda que pasan el domingo reclinados en una carretela, fumando un cigarrote y mirando con aires de emperador; no aprenden á jugar en máquinas, libros ó aparatos de gimnasia; se les instruye con una cabeza de toro de mimbre en que clavan banderillas y estoques de pega.

Ya mozos, sus padres los llevan á las corridas de toros; aprenden el vocabulario grosero, adoran al mozo cerril que ostenta persianas en las orejas y escupe por el colmillo. Cuando van al café discuten si el *Pica-Limas* mete el pie mejor que el *Chico de la Blusa* ó si *Fuentes cruza* con más habilidad que *Mazzantini*. Desde las gradas del trono se protege al torero. Los ministros le adulan. El día trágico de Cavite los ministros aplaudían desde el palco de la plaza de Toros mientras se hundían nuestros buques. Cuando «Lagartijo» se retiró era día de Corpus y se suspendió la procesión para que el gran torero no se llevara en una *larga* al público religioso. Caemos cada día más, pero las ganaderías no dan abasto, no tenemos caminos ni pantanos, pero la plaza de Toros de Barcelona y su enfermería son un modelo de adelantos.

En la penúltima Exposición de Paris se construyó una plaza: los carteles anunciaban como empresario al Duque de Veragua, «Vice presidente del Senado y exministro».

Y la prensa, ¡oh, esa prensa de cocodrilo llorones! Ahora se indigna contra los violadores de tumbas. ¡A buen tiempo! Ella ha creado ese pueblo barbaro. Sus columnas se dedican casi por entero á las revistas de toros. Esos periódicos maestros de la vulgaridad y del populachismo grosero y cerril, muy pocas veces dedican sus columnas á instruir al pueblo honrado. Adulan al torero, al picador, al mozo de caballos. Sus redactores más apreciados son aquellos que mejor parlan el *caló* y se les traen en cuestiones de toros.

Hay periódicos de gran circulación que parecen sucursales del matadero: no huelen á civilización, á tinta de imprenta: exhalan hedor de *mondongo*, de tripas, de butifarra, de sangre. Muy pronto á los articulistas de fondo se les exigirá poner banderillas y llevar persianas...

Así han enseñado al pueblo, y el pueblo da su fruto. No se indigna con los generales que le traicionan, con los ministros que le roban. Como estúpida bestia ciega y furibunda sigue el trajo rojo

taurino con que le tapan los ojos. ¡Pan y toros! ¿Por qué indignarse? Venga la Inquisición y acabaremos el siglo dignamente. ¡Viva el *mondongo* nacional! Nómbrense de una vez ministros á esos bailarines vestidos de seda, disfrazados con alamares de Virgen y medias de afeminados danzarines! ¿Acaso la Península española no tiene la forma de una piel de toro?

¡Hipócritas, no indignarse! El «Dominguín» es un héroe dentro de su profesión. Es el único español que ha sabido cumplir con su deber muriendo en la plaza. ¡Ah, si nuestros generales hubieran sabido ser «Dominguín» en los ruedos de Filipinas y Cuba! El público paga para ver sangre. El torero que no muere ó es herido, le estafa.

Si no se acerca al toro le llaman *coo-barde!* ¡moral! ¡y marica! Imitan gritos afeminados cuando le ven correr.... Pero si muere el torero por ser decente, el público llora y se indigna. Si no murieran los toreros, la turba cerril diría con razón que la corridas eran cosa de monigotes; y lo dice si de cuando en cuando no hay *hule*. ¡A callarse, señores llorones! Brilla el sol, chasquean los latigos, se rebullen las mulas del ómnibus tintineando sus cascabeles.

Eh, ¡a la plaza! Id el domingo, id. Habrá *hule*, mucho *hule*...

Rodrigo Soriano

Moratalla

Profecías cumplidas III

Al ofrecer al público el tercero de los números encaminados á demostrar el fracaso político administrativo de la agrupación silvelista local, nos proponemos cambiar el orden preestablecido. Fué nuestro ánimo presentar aquellos hechos que afectan principalmente los intereses de partido con distinción absoluta de aquellos otros que sustancialmente afectan á los actos administrativos, y los intereses del pueblo; más como quiera que siguiendo esta distinción resultaría el trabajo con mayor extensión de la que fué nuestro deseo, y habríamos de pasar en ocasiones dos veces por el mismo asunto, por cuanto muchos de ellos revisten ambos caracteres; preferimos comenzar desde luego el examen de los servicios municipales y presentarlos sumariamente, pero en totalidad.

El respeto á lo ageno, condición indispensable de todo orden social, fué la primera y más asidua preocupación durante el período liberal. El mismo día, y cuando aun no habia trascurrido un cuarto de hora de haberse posesionado el Ayuntamiento interino, su presidente D. Pedro Maria Espinosa hacia conocer al público sus primeras resoluciones en punto á guardería rural, disposiciones que el vecindario recuerda con gusto lamentando no sigan en su vigor. El servicio se constituyó con un cabo que fué admiración de propios y extraños, por su celo y probidad y personal que con contadísimas excepciones rivalizaba en celo con el cabo.

El partido silvelista tampoco fué tarde en preocuparse de lo ageno; sus dos primeras resoluciones fueron; recortar la medida del amostacen para el vino, con lo cual ahuyentó de nuestra plaza los compradores que venían á sacarnos ese producto, manteniendo los precios en razón de la ley económica de la oferta y la demanda, dejar cesante al cabo y algunos individuos de la guardería rural, y aumentar una plaza.

La razón de lo primero, allá ellos; la razón de lo segundo ó 25 céntimos de peseta con que habia que beneficiar á un primo hermano del Alcalde, quinto ó sexto primo á la par de los contribuyentes por los entrañables vínculos de la nómina.

El nuevo cabo es un hombre honrado; pero habia hecho la desesperación de las autoridades como guarda en el período anterior, pues Dios no le llama por ese camino, y hemos llegado á un abandono tal, á una lenidad tan grande por parte de las autoridades, que ni el propietario ni el colono recogen mas que lo que á gentes de mal vivir quieren dejarles del producto de sus fincas. El *inrri* en esta materia se lo han puesto personas de dentro de la casa, que como único medio de defensa han tenido que nombrar guardas particulares que suplan las deficiencias de los municipales.

Para cubrir el presupuesto del ejercicio de 1893 á 99 el Ayuntamiento adoptó el medio del repartimiento vecinal. Pra-

